

Guerras de soledad, soldados de infamia

Representaciones de combatientes
irregulares, clandestinos
o mercenarios en la literatura
española

Eva María Flores Ruiz
y Fernando Durán López (eds.)



2018

Índice

Presentación	9
Eva María Flores Ruiz y Fernando Durán López	
Soldados solos: Cervantes y las guerras de papel	23
Pedro Ruiz Pérez	
Una vida en el margen: la relación soldadesca de Suárez Montañés	41
Adrián J. Sáez	
La desobediencia premiada: fieles traidores en la obra de Luciano F. Comella	57
Ana Isabel Martín Puya	
Conspiraciones, patriotismo y egos revolucionarios en cuatro memorias justificativas de la primera mitad del XIX	77
Fernando Durán López	
El mundo de las guerrillas (1808-1814) visto por Valentín de Llanos y por Telesforo de Trueba y Cosío	99
Salvador García Castañeda	
El Empecinado y Mosén Antón en los márgenes del heroísmo: a propósito de un episodio nacional de Pérez Galdós	111
Eva María Flores Ruiz	

Figuraciones limítrofes: el guerrillero y sus epígonos en el siglo XIX español	131
Pascual Riesco Chueca	
Bandidos, piratas y espías en la novela y el costumbrismo: Ramón López Soler y Antonio Flores	155
Enrique Rubio Cremades	
«Una hermosa aventura de sueños» o la última memoria de la Quinta Columna	171
Carlos Píriz González	
Maquis y topos en los <i>Episodios de una guerra interminable</i> de Almudena Grandes: <i>El lector de Julio Verne</i>	193
José Jurado Morales	
De luchas y supervivencias enmascaradas: <i>Ladrón de lunas,</i> de Isaac Montero	209
Emilio Peral Vega	
¿Discursos impostados?: picaresca, patriotismo y milicia en la <i>Historia verdadera del Sargento Mayoral</i>	223
Antonio Calvo Maturana	

Presentación

No estará de más comenzar citando un poema de Jorge Luis Borges –preciso y austero, como todos los suyos–, que compendia el concepto que congrega los textos reunidos para la presente ocasión. Borges evoca la parte más oscura del patriotismo, la de quienes lo sirven más allá de los márgenes de la moral y a cubierto de mirada ajena:

EL ESPÍA

En la pública luz de las batallas
otros dan su vida a la patria
y los recuerda el mármol.
Yo he errado oscuro por ciudades de odio.
Le di otras cosas.
Abjuré de mi honor,
traicioné a quienes me creyeron su amigo,
compré conciencias,
abominé del nombre de la patria.
Me resigno a la infamia.

En efecto, las batallas de la patria –o del patrón, no pocas veces tendenciosamente confundidos en la grandilocuente retórica que hace al caso– las libran a la pública luz del día masas de combatientes, ya ufanos ya resignados, que entierran su individualidad en la marcial disciplina de un uniforme, una cadena de mando, una bandera y una causa. Filas horizontales repetidas hasta el infinito; jerarquías verticales en menguante pirámide, cuyos vértices culminan muy lejos de unas muertes y unos combates supuestamente bañados en honor y gloria, codificados en rectos renglones de documentos oficiales y reconocimientos públicos. Infinidad de literatura y arte se ha dedicado a la guerra y a

los guerreros, a favor o en contra. Pero hay contiendas más solitarias, donde los combatientes no son cuerpos gregarios, sino conciencias de lealtad zigzagueante, cuyas historias se escriben en renglones torcidos o con tinta simpática: las de quienes hacen las guerras por su cuenta, en ambos sentidos del término: porque las hacen en solitario y según sus reglas, o porque las hacen por la cuenta que les trae, componiendo figuras ambivalentes que habitan las grietas entre el militar y el civil, entre el patriota y el traidor, entre el héroe y el criminal, entre un bando y el otro, entre la disciplina social y la anarquía vital.

Este volumen nace de la tentativa de explorar algunos aspectos de la representación en las letras españolas de diferentes épocas –y diversas guerras, pues siempre hay alguna donde elegir– de personajes como el guerrillero, el mercenario, el maquis, el espía, el quintacolumnista, el desertor, el proscrito, el renegado, el traidor, el conspirador y cualesquiera otros que se alejen de retóricas bélicas y patriotismos al uso, sin desfiles en prietas filas uniformadas, sin medallas centelleantes ni pendones al viento. Porque guerrear por la cuenta de uno quizá sea, a fin de cuentas, la forma más noble de combatir cuando sabiamente se descuenta la nobleza de casi todas las causas. Pero más allá de construir un catálogo de tipos humanos representados literariamente, imposible de abarcar en un volumen selectivo como este, donde el espíritu de sistema sobra, se aspiraba más bien a espigar un abanico de desviaciones de un arquetipo ideal –y falsificado a conciencia por el martilleo de la retórica nacionalista y su histórica identificación con el militarismo–, o si se quiere, no tratar de la guerra como sustantivo, sino de poner en el punto de mira las guerras con adjetivos.

Evocamos así las *guerras en pequeño* (las *guerrillas*, con acertado diminutivo hispánico ya exportado a otras lenguas), que mantienen reducidos grupos de combatientes en lugares atípicos y con métodos irregulares, defendiendo el territorio del invasor o del gobierno establecido cuando los ejércitos regulares no son capaces de hacerlo, y creando su propia ética de la milicia, siempre oscilante entre el egoísmo y el patriotismo, entre la negación del Estado y la defensa fiera del terruño. La historia española nos ofrece en esto la Guerra de la Independencia como paradigma supremo y modelo exportable.

Hay también *guerras secretas*, que hacen quienes viven infiltrados en el enemigo, confundidos con él, manejando identidades solapadas y métodos

clandestinos, cuando no directamente criminales, pero sin embargo amparados por la causa colectiva de la que son luchadores solitarios. Son los espías, los sabotadores o los conspiradores, que serán juzgados traidores viles o heroicos resistentes según el partidismo de turno o según el veleidoso capricho de victorias y derrotas. También España exportó al mundo una expresión guerracivilista que acabó compendiando buena parte de ese concepto, y no solo su manifestación original: la quinta columna. Evocamos igualmente las *guerras perdidas*, donde algunos siguen embarcados en contra de la historia, del tiempo e incluso de la realidad. A veces ocurre por ignorancia, como los últimos de la guerra de Filipinas en 1898, sosteniendo una defensa numantina en el fuerte de Baler hasta diez meses después de sellado el armisticio, o como los soldados japoneses sumergidos en las selvas de cualquier isla del Pacífico cuando el Sol Naciente había dejado de refulgir decenios atrás. A veces ocurre por irredentismo o por resistencia a ultranza, como los maquis republicanos —en esta ocasión es el francés y la experiencia resistente de la Segunda Guerra Mundial la que brinda el vocablo a nuestra lengua— durante la larga noche franquista. En esas luchas, por sarcasmo e infortunio de la historia, combatientes regulares ya derrotados se han convertido en irregulares a pesar de ellos mismos.

Podemos hablar igualmente de *guerras privadas*, pues no hay mejor representación del guerrero irregular que aquel que alquila su cuerpo y sus armas, así como su fuerza letal, al patrón que se lo paga. Los mercenarios estaban allí antes de que existieran ejércitos permanentes y lealtades dictadas por decreto, y fueron los verdaderos profesionales de la milicia hasta que el Estado moderno «democratizó» la guerra e impuso levas forzosas primero y el servicio militar universal después. Aunque su ética siempre ha sido despreciada, su estética y su técnica están en el origen mismo del ejército regular, que los acabó relegando al margen de lo irregular, aunque nunca hayan desaparecido y sigan proliferando en guerras impopulares bajo el más elegante nombre de «contratistas privados de seguridad». Nos referimos por último a las *guerras fingidas*, quizá las que con mayor pureza se alejan de cualquier propósito colectivo, de cualquier gregarismo bueno o malo. Las de los impostores que se hacen pasar por soldados, las de los desertores y las de los sempiternos *milites gloriosi*, matachines de boquilla y fanfarrones con espada que fueron materia

cómica desde la más remota antigüedad –Plauto consagró la etiqueta, pero en absoluto la había inventado–. En épocas recientes tales fingimientos han adquirido tintes más tragicómicos y existenciales, ya que la impostura es la sustancia misma de la posmodernidad.

Con este planteamiento se llamó a filas a varios especialistas en un seminario especializado celebrado en Córdoba por invitación¹. Como ocurre en tales casos, la diversidad de perspectivas diluye cualquier plan sistemático que los organizadores hubiéramos concebido, y los participantes trazan su propio itinerario en el amplio territorio que había de ser explorado. Este es un itinerario, no obstante, coherente e ilustrativo, escalonado en doce capítulos que recogen la mayor parte de los trabajos presentados en el seminario, convenientemente ampliados y reelaborados para articular una monografía y no una suma aleatoria de asuntos. Ese itinerario lo hemos ordenado como un viaje de menos irregularidad a más, un acercamiento sucesivo a las representaciones de ese abanico de formas, a veces precisas y a veces difusas, en que se subvierte la retórica militar oficial en los Estados y los ejércitos regulares modernos.

En nuestra primera parada nos detenemos en un escritor reflexivo y único, Miguel de Cervantes, en quien la condición del soldado y la del hombre de letras se entrelazan de modo fascinante. Evocarse a uno mismo como soldado desde la pluma, a través de las distintas figuras militares recreadas en su obra, implica plantear, en su sociedad y su tiempo, en qué consiste la grandeza –o no– de combatir por el Rey. La dialéctica entre milicia y literatura, la querrela sobre cuál de las dos otorga mejor condición a sus oficiantes, queda resuelta por el acto mismo de la escritura: en las letras es donde afloran las contradicciones y limitaciones de la gloria militar, pues escribe «el soldado roto, inevitable perdedor tanto en desastres nacionales como en sonoras victorias,

¹ *Guerras de soledad, soldados de infamia. Seminario sobre representaciones de combatientes irregulares, clandestinos o mercenarios en la literatura española*, celebrado en el Real Círculo de la Amistad de Córdoba, 20-21 de abril de 2017, y organizado por el Departamento de Literatura Española de la Universidad de Córdoba y el Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz, bajo coordinación de los editores del presente volumen. Aprovechamos para agradecer la ayuda y colaboración de las citadas entidades, así como del XXII Programa Propio de Investigación de la Universidad de Córdoba (2017) y del Departamento de Filología de la Universidad de Cádiz, que aportaron fondos.

[...] el envés irregular de los uniformes de los tercios aún triunfantes en su expansión por Europa». Cervantes fue uno de los portavoces más cualificados, por su vivencia, de esos soldados que han dejado ya de serlo en ejercicio y solo lo son en recuerdo, y que emplean las letras para reivindicarse ante el Rey y explicarse ante los demás.

En ese sentido, la conversión de la milicia en sustancia literaria, para bien o para mal, para vanagloria o lamento, para jactancia o reclamación de méritos negados, supone el grado cero del abanico de desviaciones que queremos mostrar: la irregularidad que comienza cuando acaba la batalla y se disipa el humo sobre el campo, y lo que queda del soldado, una vez desvestido el uniforme, es un hombre que recobra su individualidad y negocia con los otros lo que ha hecho y lo que ha sido. Cervantes parece haber estado repitiendo esa negociación una y otra vez a lo largo de una vida que le deparó numerosos motivos de exclusión de entre las regulares filas de tercios o galeras: por cautivo en Argel, por fugitivo, por mutilado, por peticionario de glorias y haberes..., pero sobre todo y ante todo por escritor.

Pero Cervantes es un caso poco repetible. En Diego Suárez Montañés, a cuya relación autobiográfica dedicamos el segundo capítulo, y en la abundante cosecha de soldados literatos de sí mismos que proliferan en los siglos XVI y XVII, la literatura es ya mera traslación de una única identidad soldadesca, sin la polifonía de desdoblamientos que la ficción proporcionaba al autor del *Quijote*. Todos tienen en común, sin embargo, que donde comienza la representación literaria rompen filas los regimientos uniformados. Estas otras son historias que nacen en la oralidad jactanciosa o taciturna del vivac para ir a encontrar cauces más elevados de discurso, aunque a menudo no suban mucho más allá de los bajos fondos de la literatura. Así, el deslizamiento del heroísmo hacia la picaresca, y el de las hazañas bélicas hacia su monetización mediante el memorial de servicios, deviene en nuestro Siglo de Oro en manera habitual, casi inevitable –y monocorde–, de relacionar milicia y escritura, ajena al «discurso imperial oficial», y de algún modo su contrapunto, donde la literatura agranda la brecha entre lo regular y lo irregular.

Otra desviación de la retórica militar institucionalizada consiste en representar conflictos que enfrentan la disciplina de la milicia y su axiología más sacrosanta –lealtad, obediencia y cadena de mando– con la ley natural.

Así, si lo peor que un soldado regular puede hacer es desobedecer o desertar, cuando tales delitos se justifican por virtudes morales de orden diferente, y tal vez superiores, esa misma regularidad queda cuestionada. Estamos lejos de una impugnación del espíritu militar y una apología de la deserción como serán frecuentes en la literatura, el teatro o el cine pacifistas del siglo XX en numerosos países y circunstancias (sea la guerra de África en España, la Primera Guerra Mundial en Europa, la guerra de Vietnam en Estados Unidos, las dictaduras militares en América, etc.), pero como en tantas otras ocasiones esos procesos de cuestionamiento nacen del moralismo y el espíritu crítico y racionalista de la Ilustración, incluso cuando quien los plasme sea un escritor no particularmente ilustrado como Luciano Francisco Comella, a quien dedicamos el tercer capítulo de nuestro recorrido.

El buen hijo o María Teresa de Austria y Catalina II, emperatriz de Rusia son dos obras teatrales en las que Comella fabula soldados que incumplen con obligaciones básicas de su oficio militar, movidos por una injusticia que los obliga a actuar; la restitución vendrá con el perdón otorgado por ambas soberanas, *deae ex machina* que así avalan la existencia de principios superiores al cumplimiento de la ordenanza, sin discutir la validez de esta, igual que hacen los reyes con el vasallaje estamental en los dramas de villanos auriseculares. El teatro siempre plantea conflictos morales, de los que se deduce enseñanza o catarsis, pero al plantear estos concretos conflictos en el seno del orden regular de la milicia, este queda insertado dentro de un sistema que justifica a quienes obran de modo irregular. Son casos extremos, fabricados *ad hoc*, donde todo confluye artificialmente para exculpar el comportamiento de los protagonistas: la pureza de intención y conducta en los «delincuentes», la maldad desbordada de sus antagonistas, el recurrir a las lealtades paterno-filiales –una de las pocas que pueden equipararse en sacralidad a la sumisión al soberano y a la ley– y el magnánimo carácter maternal de las emperatrices implicadas. Aun así, si la práctica heroica de la virtud militar exige sacrificar a un hijo antes que rendir una plaza, como cuentan hizo Guzmán el Bueno, encontrar subterfugios para salvar a unos padres mediante la deserción y la desobediencia introduce un germen de irregularidad en el orden militar. Igual que en *Fuenteovejuna* o *El alcalde de Zalamea*, la contradicción latente entre ley y moral apunta –amenazante– mucho más lejos de lo que estrictamente se está dirimiendo.

Y avanzando por la vía que esas contradicciones dibujan aún en bosquejo, se llega en un momento posterior a pintar situaciones que enturbian mucho más los límites de la legítima lealtad y de la obediencia debida. Cuando no se trata ya de la ley natural en casos individuales, sino del concepto colectivo de la soberanía, de la fuente de legitimación de los actos cívicos o bélicos, las reglas se tornan, en efecto, extraordinariamente movedizas. Las revoluciones políticas, nuevo signo de los tiempos en Occidente desde fines del XVIII, hacen saltar por los aires la distinción entre combatientes civiles y combatientes militares, y entre métodos de guerra lícitos e ilícitos, en una medida tan amplia como amplio será el cuestionamiento de todas las legitimidades heredadas. A ese asunto dedicamos el capítulo cuarto. Si en los anteriores hemos explorado conductas o representaciones irregulares de soldados regulares, ahora ya nos enfrentamos a personajes limítrofes al desempeño regular de la milicia o directamente ajenos a él.

En efecto, una revolución como la ocurrida en España en 1808 hace que el agitador pueda ser un patriota y el representante autorizado de la ley un traidor, y que un fraile encabece ejércitos o muchedumbres. Y un líder insurreccional, para hacer ese trabajo sucio –lo confiese o no– ha de emplear métodos solapados y conspiratorios –no meramente violentos– que rompen con los principios legitimados del ejercicio de la autoridad militar: cadena de mando, obediencia ciega, distinción entre paisanos y uniformados, honor..., para entrar en complots, reuniones secretas, falsificación de identidades y de documentos, sobornos y compra de voluntades, amenazas, espionaje, algaradas anárquicas. La construcción discursiva que hacen esos supuestamente improvisados líderes carismáticos busca exculparlos por recurrir a tales métodos, integrando su proceder en sistemas superiores de legitimación. Es lo que estudiamos en Juan Rico y Nicolás Tapia, donde los actos ilegítimos –con un maquillaje conceptual o una ruptura expresa con los viejos usos en grado creciente de uno a otro autor– quedan públicamente legitimados como medios de combate patriótico que prevalecen sobre la ley, la ordenanza militar y los códigos de honor. Ahora la irregularidad y la «acción» –nuevo y perdurable fetiche político– se convierten en la nueva regla, aunque imposible de codificar. Avanzando sobre esa línea justificativa, cuando por mor de las revoluciones y guerras civiles proliferen los cambios de bando, los aprietos personales o

los agentes dobles, encontraremos legitimado recurrir a esos métodos dentro mismo de la vida militar regularizada, casos que en ese capítulo se estudian mediante las memorias de Juan Van Halen, que confiesa con algo de rubor el incumplimiento de sus juramentos y sus actos de engaño y espionaje, y de Eugenio de Aviraneta, que ya sin rubor alguno se define ante todo y sobre todo como conspirador, y reclama por ello el honor y la gloria patriótica.

Los cuatro capítulos siguientes abordan la guerra irregular por antonomasia, la de las guerrillas, en su emblemática epifanía hispana del siglo XIX, planteándola desde distintos flancos y llevando luego esa irregularidad partisana a una de sus fronteras más escurridizas: la que convierte al guerrillero y al bandolero en máscaras intercambiables, y a menudo en figuras itinerantes entre una y otra condición, ya sea por sus biografías reales, ya sea por la opinión que de ellos tienen los poderes regulares y «honorables», ya por su forma de actuar y de ser representados. Así, los capítulos quinto y sexto describen dos estratos en la representación literaria de las guerrillas de la Guerra de la Independencia, partiendo del establecimiento del contexto que las explica y de los testimonios y juicios históricos sobre las diferencias entre ejército regular y guerrilla, y sobre el papel jugado por estas en aquella contienda, que no ha dejado de ser objeto de una larga controversia entre los actores implicados y los historiadores.

Una de las variables clave de esa controversia es la nacional, puesto que ingleses, españoles y franceses tuvieron poderosos motivos para juzgar de modo bien diverso el efecto real y la naturaleza moral de las partidas irregulares. Así, el capítulo quinto trata sobre cómo novelaron las guerrillas dos españoles que escribieron en inglés y para lectores ingleses, Valentín de Llanos y Telesforo de Trueba, entre 1824 y 1835. Ambos eran niños durante la guerra y reconstruyen la lucha partisana a través de un precipitado de testimonios, juicios históricos y prejuicios ambientales, con una calculada ambigüedad entre el desdén por la guerra irregular y sus males, propio de los ingleses y de sectores sociales más elitistas, y la necesidad de realzar el papel de los españoles en su propia salvación. El sexto capítulo, sin embargo, salta a uno de los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós, parada tan excelsa y obligada como la de Cervantes en este itinerario. En *Juan Martín, el Empecinado* el problema central de la guerrilla es precisamente su condición nacional, eje

de toda la dilatada serie novelesca sobre la historia reciente de la convulsa nación cuya nacionalidad se estaba definiendo. Como casi siempre en los *Episodios*, la peripecia política posterior del país a lo largo del XIX, bajo el claroscuro de la Gloriosa y la Restauración, ilumina –y a la vez ensombrece– la evocación de las primeras décadas de la centuria. Aquí la dialéctica no gira sobre la oposición entre guerra regular y guerra irregular, o sobre priorizar la aportación inglesa o la española a la victoria, sino que formula una amarga indagación moral sobre la irregularidad y la brutalidad de la guerra como elemento nocivo en la nacionalidad hispana. En pocos casos el vínculo de la ética y la estética de la guerrilla con la propia españolidad ha sido llevado a mayores honduras, hasta el punto de que cabe preguntarse si la conclusión obtenida es que en España lo *regular* es la disgregación, el caudillismo, la violencia anarquizante y la confusión de egoísmo y patriotismo que define la acción supuestamente irregular de las partidas de guerrilla.

Porque, en contra de algunas apariencias y ciertas afirmaciones apresuradas, la lectura nacionalista sobre las guerrillas españolas como exaltación del pueblo en armas no es general ni unánime, y en ocasiones no ha sido ni siquiera la mayoritaria. La visión siempre ha sido más problemática, e incluso algunos giros idealizantes característicos del Romanticismo coadyuvan a problematizar la guerrilla más que a exaltarla: por ejemplo al establecer una fluida pasarela interpretativa entre guerra irregular y bandidaje, que al identificar ambos términos en su carácter más favorable no hace sino reforzar también su semejanza en todo lo negativo que habían señalado desde siempre quienes condenaron la actuación de los guerrilleros. En ese sentido, la idealización del bandido, propia de parte de la mitología romántica y de las literaturas populares del XIX, opera una suerte de simetría con el mundo militar, que de nuevo conduce a las fronteras difusas de ambos territorios de la vida armada –el regular y el irregular–. En efecto, si un bandolero es un ser de justicia, protector de los desamparados, debelador de tiranías locales y *ultima ratio Regis*, entonces sus funciones y su ética se equiparan a las que convencional y retóricamente se atribuyen al Estado, y a su máximo brazo ejecutor en la edad moderna: el ejército permanente. Es un soldado irregular, aunque no haya participado nunca de la vida militar ni lo pretenda, en tanto que materializa el ideal del que la milicia regular se ha venido invistiendo,

y no porque forme filas uniformadas. Es la irregularidad misma la que convierte al bandido generoso en un soldado del pueblo, igual que fue la invasión exterior la que condujo a los combatientes a luchar como si fueran bandidos por medio de las guerrillas. Es lo que advertimos en tantas novelas, artículos costumbristas y obras de teatro del XIX, que en este volumen se concretan, en el capítulo octavo, en Ramón López Soler y Antonio Flores, y en figuras de sus obras como Jaime el Barbudo.

Que el Estado no dejó de ver la porosidad de esta frontera –y su virtualidad ejecutiva en la administración del poder local– lo prueba el hecho de que la forma elegida por el gobierno de Fernando VII para intentar extinguir las partidas de bandoleros en Andalucía fuese el perdón y la integración de los indultados en «escuadrones francos» para combatir el bandidaje, donde el propio oxímoron (pues un escuadrón presupone regularidad y su condición de franco implica irregularidad) muestra la inmensa capacidad del poder para reformular categorías en su propio provecho. Mas no fue el ominoso gobierno absolutista el único en percibir esa porosidad: la representación formal durante el XIX tiende a confundir los rasgos externos y las cualidades inherentes de guerrilleros, dispersos, desertores, saqueadores, bandoleros, contrabandistas, guardas rurales al servicio de poderes locales...

A eso se consagra el séptimo capítulo del volumen, que nace de una pregunta precisa: cómo se representa al guerrillero en la centuria decimonónica, en textos escritos o iconografías visuales. Hablamos siempre de representaciones de formato menor –«ilustración de libros, revistas y diarios, estampas y viñetas, diseñadas para un mercado creciente de comunicación impresa»–, igual que sus métodos de combate son menores en relación al arte de la guerra uniformada, la que goza del privilegio de representarse en formatos mayores del arte académico e institucional. Guerras en pequeño, de nuevo, también en esto. En su aspecto más obvio la respuesta a la pregunta es evidente: comparadas con el ejército regular, las guerrillas marcan una diferencia tajante, articulada en dicotomías previsibles y explícitas. El cruce indumentario entre el atuendo campesino y el vistoso uniforme militar marca exteriormente a ese híbrido que es el guerrillero, al que nunca se puede confundir con un soldado. Pero en cambio la respuesta se desvela más inasible cuando se intenta diferenciar al guerrillero de aquellas otras figuras armadas más marginales a la

vida militar y al orden social: ahí sus figuraciones viven en los límites, en la imprecisa frontera que los ¿separa? de las materializaciones colectivas en campos, caminos, costas y sierras de la vida criminal organizada. Al final la única diferencia es por quién dice cada cual luchar y qué grado de conciencia colectiva es capaz de encarnar en cada momento, y salta a la vista lo lábil de estas conceptualizaciones.

Los guerrilleros luchan por un determinado bando, por una causa colectiva, en terrenos y con tácticas irregulares, pero forman grupos más o menos numerosos y mantienen una relación simbiótica con el territorio y con la población, combatiendo a un ejército invasor o a un gobierno despótico. En el caso de los bandoleros, como hemos visto, esa relación se puede trasladar idealmente a una lucha social entre humildes y poderosos, o bien plantearse en términos más crudos y realistas como la búsqueda de objetivos egoístas y personales por parte de los huidos de la justicia, pero que en última instancia responden a conductas repetidas y a circunstancias estructurales. En ambos casos la relación con la sociedad circundante es parecida y en ambos casos los combatientes actúan en grupos y llevan una vida separada del resto —de ahí la expresión «echarse al monte»—, pero no desvinculada de él. Los capítulos noveno y décimo de nuestro itinerario, sin embargo, dan un paso más allá en la línea de fuga hacia una mayor soledad, una mayor infamia y una mayor irregularidad en el combate.

Abordamos en el primero de ellos la última de las memorias publicadas por un quintacolumnista que pasó la guerra civil en Barcelona, la del periodista catalán Manuel Tarín-Iglesias, aparecidas en 1985, a fin de indagar en uno de los fenómenos más escurridizos de estas luchas irregulares, esta vez sí completamente individuales y secretas, infames en sus métodos y solitarias hasta límites extremos: el de quienes combaten como informadores o saboteadores viviendo infiltrados en el enemigo. En este caso, al tratarse de una guerra civil, el enemigo es un concepto más atrozante, pero a la vez más difuso, porque en el territorio controlado por cada bando todos son sospechosos y todos pueden ser amigos o enemigos, en una asfixiante atmósfera paranoica que convierte la ocultación en una segunda naturaleza. Si lo vemos desde el punto de vista de los hechos históricos, este secretismo puede ser solo algo que desvelar a la luz de los documentos y las evidencias (a las que

nuestro texto contribuye sólidamente con material de archivo). Pero en un libro sobre representaciones, no sobre hechos, nos interesamos también por la naturaleza performativa de un testimonio autobiográfico, que deviene en una suerte de acto de fe, cuando no en un ejercicio de prestidigitación. En efecto, si lo esencial para un quintacolumnista, un espía o un infiltrado es guardar el secreto más estricto, tanto él mismo como sus escasos compañeros iniciados y sus remotos contactos con el mando militar, es obvio que, si ha sobrevivido a la guerra sin caer prisionero, es porque tal secreto se mantuvo con eficacia. Y solo cuentan sus historias quienes han sobrevivido, es decir, quienes han borrado sus huellas y han preservado el anonimato. Luego, ¿cómo saber después si lo que se relata es cierto o una fabulación *a posteriori*? Una autobiografía que nace para restituir esa exitosa ocultación, como toda buena historia de espías, nos enfrenta al límite posmoderno de preguntarnos cómo sabemos lo que creemos saber, y cómo diferenciar lo real de lo narrado, si no es que lo narrado es lo único que tiene realidad para nosotros.

El otro testimonio sobre las guerras secretas no plantea la misma paradoja porque, a pesar de inspirarse en hechos reales, se conduce por el territorio libre de la novela, en este caso *El lector de Julio Verne* de Almudena Grandes. Nos vamos así al otro bando de la guerra civil, el de los perdedores que, de milicianos de la República –soldados que habían transitado de la irregularidad a la regularidad–, acaban convirtiéndose en maquis, mostrando una vez más el fácil camino de vuelta hacia lo irregular y lo individual. El estudio inscribe esta obra en el más amplio contexto de las «novelas del maquis», que a su vez participan del océano de relatos literarios sobre la guerra civil española. Su autora pretendía así recuperar del olvido –del obligado secreto y el forzoso aislamiento en que quedaron atrapados, por su propio modo de lucha, estos últimos resistentes– la historia de un guerrillero célebre de las sierras de Jaén, el apodado Cencerro, activo entre 1940 y 1947 al frente de un grupo que al final no tenía más de veinte hombres. Guerras secretas, guerras perdidas y guerras pequeñas, todo en uno. En el vaivén de la historia, si hemos visto que Pérez Galdós mostraba el envés sombrío de la guerrilla, y no solo su faceta de resistencia popular contra una tiranía, Almudena Grandes, que en cierto modo sigue las huellas del canario, opta por una vía más apologética a fin de configurar unos personajes idealizados en su papel de defensores de la

libertad y víctimas de la persecución franquista. En ese esquema no hay lugar para la infamia, solo para la soledad y la melancolía de las guerras perdidas.

Y si empezamos con Borges, citaremos ahora un fragmento de otro preciso poema de Fernando Pessoa (Álvaro de Campos):

POEMA EN LINHA RETA

Quem me dera ouvir de alguém a voz humana
que confessasse não um pecado, mas uma infâmia;
que contasse, não uma violência, mas uma cobardia!
Não, são todos o Ideal, se os oiço e me falam.
Quem há neste largo mundo que me confesse que uma vez foi vil?
Ó príncipes, meus irmãos,
arre, estou farto de semideuses!
Onde é que há gente no mundo?

En este libro hemos querido invocar también alguna de estas voces verdaderamente humanas, no siempre reales, a veces imaginadas por la ficción, porque la ficción, al contrario que la autobiografía, es libre de ahondar en los recovecos de la moral sin hacer peligrar el Ideal. Tan difícil es confesar vilezas, sin embargo, que al reclamo que formulamos al invitar a los colaboradores de este volumen, la mayor parte recalaron en discursos en un sentido u otro justificativos, más que en declaraciones descarnadas pertenecientes a lo que Borges denominaría la *historia universal de la infamia*. Soledad, rebeldía, dobleces e individualismo sí abundan en los supuestos semidioses, pero no la humana infamia, confesa y anárquica. Por eso los dos últimos capítulos se reservan a los infames declarados, los impostores ajenos a cualquier causa colectiva que solo buscan la supervivencia y el medro material en un mundo con las cartas marcadas. El protagonista de la novela *Ladrón de lunas*, de Isaac Montero, un pícaro que en la guerra civil y la posguerra transita de camisa en camisa, de identidad en identidad, poniendo en cuestión las de unos y las de otros, marcha en paralelo a esos efectos, desde el terreno de la ficción, con el peculiar Francisco Mayoral –o comoquiera que en verdad se llamase–, un individuo real que se paseó por la Guerra de la Independencia mudando de personalidad y haciéndose pasar por otros para mejorar de suerte, o quizá

tan solo porque aquella fuga se había convertido en su verdadera naturaleza. Terminamos así el itinerario con un caso extremo, porque lo cierto es que el sargento Mayoral no traicionó nunca a su patria, ni trabajó para el enemigo, ni quiso cambiar de bando..., lo cual no le impidió ser el más solitario e infame de los combatientes que aquí quedan invocados. Acaso, al fin y a la postre, la verdadera patria, cuyo abandono jamás se perdona, es la identidad.

Con estas doce aportaciones sobre las letras españolas hemos aspirado a iluminar un itinerario, entre muchos posibles, de la representación literaria de otros héroes, otros villanos u otros antihéroes –de las tres naturalezas participan sucesiva, simultánea o alternativamente–: aquellos que confiesan las vilezas o se jactan de las cobardías, los protagonistas de las guerras en soledad, los que se resignaron a la infamia y renunciaron al mármol.

Eva María Flores Ruiz y Fernando Durán López